

CAPITULO XXXIII.

El hombre agradecido.

Era la mañana siguiente á los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo anterior, cuando cuatro hombres, montados en buenos y briosos caballos, salían de la capital de México, y se dirijian hácia el sitio en que habia tenido lugar la batalla el dia anterior.

Iban armados, pero no con trage militar.

La mañana estaba nublada y triste.

Todos marchaban en el mayor silencio.

En sus semblantes estaban pintados el dolor y la melancolía.

Al concluir la hermosa calzada que atravésaban, su tristeza pareció aumentarse á

la vista de los cadáveres insepultos que yacían tendidos sobre el campo, empezando á servir de pasto á las aves de rapiña.

Todos parecían traer á la memoria los tristes resultados de la batalla que habia cubierto de luto y de consternacion á la patria.

Aquellos cuatro ginetes que marchaban dominados por una profunda tristeza, eran D. Manuel, antiguo principal de Nuñez, Ricardo que habia sido salvado por el mismo Nuñez del subterráneo de la caverna de Cacahuamilpa, Félix, y el indio Pablo.

Los dos primeros estaban cuidadosos por la suerte que habian corrido en la accion Leopoldo y Nuñez: el tercero se hallaba dominado del temor de que hubiese vuelto ó caer en poder de Willey la hermosa Adela; y el cuarto, marchaba preocupado con la funesta idea de que D. Juan y Rafael habian perecido en Cerro-Gordo.

Por un impulso natural, cada vez que encontraban un cadáver, los cuatro dirijian la vista á un mismo tiempo hácia el sitio en

que se hallaba, para ver si era el de la persona que preocupaba su imaginacion.

Así anduvieron un gran trecho, sin pronunciar palabra, registrando con los ojos todos los destrozos causados por las balas enemigas.

—Dios quiera—dijo D. Manuel—que no encontremos entre estos cadáveres que cubren la campiña, los cuerpos de nuestros caros amigos, Leopoldo y Nuñez, porque el no hallarlos nos indicará siquiera que no han perecido en el sangriento combate, y que solo han sido hechos prisioneros.

—Mucho me alegraré yo de que así sea—contestó Ricardo.—Prisionero Leopoldo, logrará al fin su libertad, y Clotilde que desde anoche se halla inconsolable, porque lo juzga muerto, volvería á recobrar la alegría, y podría ser feliz á su lado.

—¡Pobre Clotilde!

—Pero si Nuñez fué hecho prisionero—advirtió Félix—Adela, la jóven que habia logrado arrancar del poder de Willey, habrá vuelto á caer en manos de este infame, que se ha propuesto perderla.

—Sin embargo, aunque así fuera, podríamos salvarla; pero yo temo que Leopoldo haya muerto, y que Nuñez haya tambien perecido antes de dejarse arrebatarse á la mujer que amaba.

—Y toda la culpa—dijo Pablo—la tiene ese Willey.

—¡Oh! No se me pueden olvidar—exclamó Ricardo—las palabras que pronunció Nuñez ayer, antes de separarnos: “¿Estará dispuesto, dijo, que ese hombre que nos arrebató á todos la dicha, llegue á acabar con la existencia de aquellos á quienes ha ofendido?” ¡Ah! ¡yo temo que se haya realizado ese temor!

—Pues yo abrigo la esperanza de que han sido hechos prisioneros.

—Por lo que hace á D. Leopoldo—dijo Pablo—estoy seguro de que no cayó prisionero; pues ya le dije á sus mercedes que nadie me dió razon de él en S. Angel, cuando pregunté por los prisioneros hechos en la *acion*, aunque di las señas de él.

—¡Ya lo oye vd., D. Manuel!—Exclamó Ricardo.—¡Sí! ¡ambos han muerto, sin du-

da, cuando el primero no fué anoche á consolar á su anciana madre, á quien ama con todas sus potencias, y no se presentó el segundo en casa de Amalia, á llevarle á la hija de su corazón, salvada de las garras de un infame!

—Y lo que aumenta mi sentimiento es—dijo Félix—que mientras luchaba, se creeria abandonado de nosotros, que no volvíamos en su auxilio.

—Sí; porque él no podia saber que á los pocos instantes de separarnos, fuimos acometidos por otra partida de invasores que recorria el campo y que se unió á los que nos perseguian; partida que permaneció muchas horas en observacion de si álguien salia de la ciudad.

—¡Oh! pero si han muerto Nuñez y Leopoldo combatiendo, verán desde la alta region de los justos, que una causa superior á nuestra voluntad nos impidió salir en su busca.

—Busquémosles, pues, busquémosles entre los que han sucumbido en defensa de la patria, y si han perecido, señalándonos con su

sangre el camino que conduce á la gloria, démosles siquiera una honrosa sepultura, para que no sean pasto de las inmundas aves de rapiña.

Y los cuatro ginetes continuaron marchando en silencio, y dirijiendo la vista á los cadáveres que encontraban, para ver si pertenecia á alguna de las caras personas que buscaban.

De repente se detuvo Ricardo, y pálido y sobresaltado, se quedó con la vista fija en un punto.

Todos hicieron alto al verle detenerse, y al notar la mutacion de su semblante, se quedaron mirando hácia el sitio en que tenia fijos los espantados ojos.

—¿Ha descubierto vd. algo?—Le preguntó D. Manuel, no acertando á dar con el objeto que habia llamado la atencion de Ricardo.

—Sí.—Contestó éste cada vez mas pálido.

—¿Qué?

—En aquella zanja....

—Siga vd.

—¿No ven vdes. un caballo y un cadáver?

—¡En efecto! ¿Y qué?

—Que si no me engaño, es el caballo que montaba Leopoldo ayer.

—Sin duda alguna:—Agregó Pablo:—es el *cuaco* retinto que llevaba.

—¡Ah! ¡corramos!

Y los cuatro se dirijieron á la zanja, desmontaron de sus caballos, y dejando éstos al cuidado de Pablo, penetraron en ella.

Ricardo quedó convencido de que el caballo era el de Leopoldo.

Alarmado con este descubrimiento, se acercó al cadáver que estaba junto al muerto corcel.

Al acercarse, varias aves de rapiña elevaron su vuelo.

Ricardo, Félix y D. Manuel, trataron de reconocerle; però al cadáver le habian despojado de su ropa, y era imposible descubrir de otra manera quién era, porque su rostro y su cabeza la habian devorado ya los carnívoros animales.

Sin embargo, la blancura del cuerpo, las formas y la estatura, persuadieron á Ricardo de que era el cadáver de Leopoldo.

Affigido, y deseando dar al amigo de Nuñez, segura, aunque humilde sepultura, buscó algo con que cavar un sepulcro; però no encontrando objeto ninguno para hacerla, miró hácia todas partes para ver si descubria alguna choza donde pudiesen sus habitantes propocionarle algun instrumento para hacerla, y pronto sus ojos tropezaron con una modesta casa que se alzaba como á quinientas varas, escondida entre unos altos y frondosos árboles.

Contento á la vista de aquella humilde morada, comunicó á sus amigos el deseo de solicitar de sus habitantes los medios de sepultar el cadáver, y todos, excepto Pablo, que se quedó custodiando el destrozado cuerpo, para evitar que las aves acabasen de desgarrarlo, montaron á caballo, y se dirijieron á la pintoresca habitacion.

Al llegar y tocar la puerta, un hombre de aspecto franco, de buena presencia, y vestido con el traje del *ranchero* mexicano, salió á recibirles.

Ricardo le dijo entonces el objeto que

llevaban, y el campesino conmovido, les suplicó que pasasen.

Los tres ginetes desmontaron; y al penetrar en una pieza espaciosa que les indicó el dueño de la casa, los tres dejaron escapar una exclamacion de asombro.

Don Manuel, conmovido profundamente, exclamó:

—¿Es verdad? ¿No es ilusion?

A estas palabras dirigió la vista hácia los que habian entrado, una persona que se hallaba tendida en un lecho, y contestó sin de tenerse:

—Que tras de larga afliccion
Dios nos llega aquí á reunir,
premiando nuestro sufrir,
es verdad, no es ilusion.

—¡Nuñez—Exclamó Ricardo corriendo hácia el que acababa de hablar.

Y mientras Nuñez y Ricardo se abrazaban llenos del mas profundo cariño, D. Manuel estrechaba la mano de otro jóven que yacía en otro lecho, colocado en un rincon

de la misma pieza, y Félix, irradiando de alegría su semblante, cruzaba las palabras mas tiernas con una hermosa que habia permanecido sentada junto á la cabecera de Nuñez.

Esta hermosa era Adela.

El jóven á quien se acercó D. Manuel, era Leopoldo.

Junto al lecho de éste, se encontraba otro hombre en quien nadie habia fijado la atencion.

Este hombre era Rafael que acababa de curar á los dos heridos.

El asombro de Ricardo y de los que con él habian llegado, creció al encontrar allí reunidas á las personas, que pocos momentos antes, las habian creido muertas ó prisioneras.

—Sí, debiamos haber perecido:—contestó Nuñez á las palabras de admiracion pronunciadas por sus amigos;—pero la Providencia envió para que nos salvase, á un hombre benéfico y humano; al dueño de esta posesion, que nos condujo á ella para prestarnos todos los socorros necesarios.

Y Nuñez refirió que al volver del desmayo en que había quedado al recibir en su pecho la puñalada descargada por Willey, se encontró al lado de Adela, que se ocupaba en restañarle con su pañuelo la sangre de sus heridas: que la jóven no había recibido el balazo disparado por el doctor, y que su caída del caballo provino de haber perdido el sentido al escuchar la detonación de la pistola: que á poco de hallarse cuidado por ella en el campo, se presentó el dueño de aquella posesion, que había salido de casa con objeto de socorrer á los heridos; y que, ayudado de algunos criados, le condujo al sitio en que se hallaba libre ya de todo peligro, puesto que las heridas, según había declarado Rafael, no eran de peligro.

Leopoldo contó que había sido auxiliado por el mismo que había socorrido á Nuñez; pero antes que éste. y que habiéndole manifestado que Willey le había herido, y el temor que abrigaba de que volviese para ver si estaba muerto, y que si no le encontraba, le buscaría por todas partes, el campe-

sino tomó el cadáver de otro de los que habían perecido en el combate, y cuyo rostro y cabeza estaban completamente destrozados, le despojó de la ropa, con objeto de que si Willey volvía le tomase por él, y colocándole al lado del caballo que estaba muerto en la zanja, se vió él conducido al lecho en que se encontraba.

¿Y Rafael? Preguntará el lector, ¿no había sufrido una emboscada que le puso Willey en la retirada de Cerro-Gordo?

Sí; pero cuando Willey, con sus soldados, salió del bosque en que se había ocultado para caer sobre Rafael y D. Juan, el guerrillero español Jarauta, y otro jefe de guerrilla, mexicano, de no menos valor que el primero, se presentaron con su gente en el mismo sitio, y descargando sus armas sobre los invasores, los pusieron en precipitada fuga, matando á algunos de ellos, y salvando así de una muerte segura á los dos amigos. Rafael cayó á las pocas horas enfermo de fiebre, á causa de la herida recibida en el brazo, y D. Juan se vió precisa-

do á seguir á la guerrilla para no abandonar á su amigo.

Llevado el herido á un pueblo retirado para que allí se curara, le fué imposible escribir á México, dando razon de su persona.

Cuando el invasor se acercó al valle de México, se encontraba ya aliviado, y trató de entrar en la capital con D. Juan para prestar sus servicios á la patria; pero el dia precisamente en que llegaban, tuvo lugar la accion de Churubusco, y hallándose el enemigo adelante de ellos, se vieron precisados á hacer alto en aquella casa, donde les habia reunido la Providencia.

—¿Y D. Juan?—Preguntó Félix.

—Ha marchado á México para poner en conocimiento de Clotilde y de Amalia, todo lo que ha pasado, y traer dos coches en que sean conducidos Nuñez y Leopoldo.

—¿Qué felicidad!

En aquel momento entró en la pieza el dueño de la casa, y dirijiéndose á Ricardo, le dijo:

—Afuera espera ya un criado mio con los instrumentos que pidieron vdes.

Don Manuel iba á contestar que ya no eran necesarios; pero Nuñez se anticipó á decir:

—Aquí tienen vdes. al hombre generoso, á quien somos deudores de la vida.

—Como yo le soy á vd. deudor de mi felicidad.—Contestó el honrado campesino.

—¿A mí?

—Sí; aunque no se lo he dicho á vd. hasta hora.

—No comprendo.

—¿No recuerda vd. haberme visto ya otras dos veces?

—No traigo á la memoria sus facciones. ¿Dónde?

—¿Se acuerda vd. del pobre á quien dió vd. un peso un Juéves Santo, para que diese de comer á su hambrienta familia?

—Aquel pobre.

—Era yo: el mismo que mas tarde, en la Villa de Guadalupe, tuvo el gusto de advertirle que no penetrase en la casa en que se conspiraba contra el gobierno.

—Pero vd. se presentó como criado de Willey.

—Sí; pero en realidad no lo era. Con el peso que vd. me dió, compré pan para mi mujer y mis hijos, y tocado en mi corazón por un presentimiento, compré con los cuatro reales que me quedaban, un medio billete de la lotería de la Virgen. ¡Ah! pocos días despues mi número salió premiado en tres mil pesos, y con los mil quinientos que me pertenecian, empecé á trabajar, y merced á mi trabajo y honradez, he conseguido comprar esta casa y los terrenos que la rodean, y que están perfectamente cultivados.

—¡Oh! ¡cuánto lo celebro!

—Un dia pasó el doctor por aquí, con otro llamado Duval, y mientras descansaban, les oí hablar de sorprender á unos conspiradores; entre los nombres que pronunciaron, escuché el de Leopoldo, á quien, sin conocer, apreciaba yo, por los hermosos cuadros que habia visto de él, y queriendo salvarle, me mezclé en la conversacion fingiéndome adicto á la causa del gobierno, y ofreciéndome á servirles en aquel negocio.

Willey aceptó mi oferta, y cuando en la Villa me señaló á vd. para que le siguiera, yo me propuse salvarle.

—¡Ah! ¡gracias, gracias!

Al terminar estas palabras se oyó el ruido de dos carruajes que se detenian á la puerta.

Pocos instantes despues entraba D. Juan anunciando que podian ya partir.

Núñez y Leopoldo fueron colocados en un coche, en el cual entró tambien Rafael, para asistirles en caso necesario.

Adela subió al otro carruaje, con el anciano D. Manuel.

Ricardo, Félix y D. Juan, montaron á caballo, y despidiéndose todos del dueño de la casa, con las mayores señales de la mas profunda gratitud, se dirigieron hácia México.

La alegría mas intensa bañaba el corazón de todos.

Leopoldo soñaba en la ventura que le esperaba al lado de la hermosa Clotilde que le esperaba con impaciencia.

Núñez y Rafael, en los tiernos objetos de

su amor; y Adela, en el placer de abrazar á la bondadosa Amalia y á su tierna hermana Luz.

Al llegar al sitio en que se había quedado Pablo, le hicieron saber lo que pasaba, y todos juntos continuaron el camino, conmovidos ante la vista de los cadáveres que desde allí empezaban á encontrarse.

De repente D. Juan detuvo su caballo, fijando la vista en un objeto. Luego se dirigió á él á todo el galope de su corcel; volvió á detenerse; examinó otro instante el objeto que había llamado su atención, y en seguida hizo seña á sus compañeros para que acudiesen á donde estaba.

Ricardo, Félix y Pablo, se acercaron, y dejaron escapar una exclamación.

¿Qué habían visto?

Era el cadáver de Willey que aun tenía clavado en el cuello el cuchillo de monte con que se había defendido Nuñez.

Las aves carnívoras habían destrozado ya su vientre.

En la horrible actitud en que estaba el

cadáver, se conocía que había tenido una agonía espantosa.

Nuñez y sus compañeros se alejaron de allí conmovidos.

En aquellos momentos uno de los cocheros dirigía su carruaje á un lado del camino para no pasar por encima de un cuerpo de mujer, también despedazado por los animales.

Adela asomó la cabeza, y reconoció en aquel cadáver á la extranjería Eugenia, á su inflexible carcelera.

La hermosa jóven, olvidando lo que le había hecho padecer, y llevada de sus sentimientos cristianos, oró interiormente á Dios por aquella desgraciada.

Dos horas despues los dos coches, seguidos de Ricardo, Félix, Pablo y D. Juan, entraban por las puertas de la ciudad de México, donde les esperaban las personas mas caras de su corazón.